

## Introducción

*Afilase lo rudo. Habla escarcela...  
En las venas indígenas rutila  
un yaraví de sangre que se cuele  
en nostalgias de sol por la pupila.*

CÉSAR VALLEJO, de «Terceto autóctono»

Considerado como la expresión más elocuente del alma indígena, el *yaraví* es un canto peruano específicamente mestizo, de ascendencia quechua (*harawi*) cuyo significado traduce la palabra española *poema*, hecho por aquellos que el inca Garcilaso de la Vega llamaría *haravicus* o *inventadores*. Mediante un proceso transcultural iniciado en el país andino a principios del siglo XVI, lo *qqichua* de la canción se mezcló con reminiscencias poéticas castellanas, desde las jarchas y endechas medievales a las composiciones de claros acentos petrarquistas, y fue asentándose progresivamente hasta alcanzar su mayor difusión en los entornos urbanos del Perú decimonónico. Guardaba vínculos con las canciones denominadas *triste* y *muliza*, asimismo peruanas. Al son del quejido de las quenas, antaras o andaritas de caña de carrizo, de aflautados *pingolios*, del zumbido de los *pututos*, de las trovadorescas vihuelas, los populares y románticos yaravíes, acompañados o no por danzas, presentaban distintas variantes que en su conjunto convergían en el cantar impelido emocionalmente por la tristeza afligida y rara vez por la alegría, por la nostalgia melancólica ante lo perdido, por el lamento doliente o la respuesta lastimosa de los ñustas, por la despedida amarga y la desdicha, incluso por lo fúnebre. En su amplia temática cabía cuanto incumbiera a asuntos amorios (*waynarikuna*) –males de ausencia y soledad de los amantes (*wañupaq harawi*), tristezas de amor y congojas entre lágrimas y ayes...–, al afecto hogareño, a las celebraciones populares en tiempos de labranza, de siembra o de cosecha, a los recuerdos de cosas pasadas (*yuyaykukuna*) o, en el otro extremo, el deliquio en los *taquis*, fiestas lujuriosas y dionisiacas incaicas. Pero también cuanto provocara los sentimientos indígenas, ya fuera la melancolía triste de un pueblo quejumbroso, reconocible por su sobriedad en el gesto grave, ceño serio y lúgubre cotidianidad, o bien todo aquello que inspiraran los textos para el cantor, fundados en las claudicaciones, en la inclinación hacia el débil, el desprotegido, los desgraciados.

Este variado trasfondo del yaraví y de no pocas de sus peculiaridades retóricas afloran con extrema originalidad poética en César Vallejo a modo de la canción incaica más triste. No deja de ser cuando menos curioso el hecho de que en la estrofa en serventesios inicial del poema titulado «Soneto», primera composición escrita por el Cholo, fechada en noviembre de 1911 y publicada poco después<sup>1</sup>, se aluda al canto del yaraví saliendo de la quena de un pastor apesadumbrado, canto que en el siguiente serventesio se identifica con la *tristeza* y la *soledumbre* del paisaje:

El día toca a su fin. De la cumbre  
de un enorme risco baja el rebaño  
pastor garrido, que con su pesadumbre  
toca en su quena un yaraví de antaño.

El sol que lento cae, con su lumbre  
da un tinte de misterio y de tristeza  
a un campo de solemne soledumbre.  
La aura pasa suave. La noche empieza.

Porque, digámoslo desde estas páginas liminares, las tristezas de *soledumbre* y quebrantos son sentimientos que desbrozaron al hombre Vallejo y moldearon su carácter. Procedían de sus peripecias biográficas y posicionamientos inconformistas. Pienso que cualquier aproximación a la poesía del peruano impone una previa reconstrucción de la trayectoria personal del poeta, lo más completa posible. Habrá que considerar los componentes biográficos de mayor incidencia en ella, desde la formación e influencias literarias absorbidas y logradamente resueltas con voz propia por ser de original talento, a las inquietudes ideológicas en la época de madurez; sin olvidar, por supuesto, otros acontecimientos del itinerario vital del poeta reflejados más o menos explícitamente en sus versos o que sirvieron de referente para su ejercicio creativo. De manera que se imponía aquí un espacio amplio dedicado a las estrechas relaciones o sincronismos entre experiencia vital y obra artística, así como al pensamiento estético e ideas de teoría literaria del autor. Dicha concepción estructura indefectiblemente este trabajo.

He diferenciado en la producción vallejana dos tramos. En el primero de este estudio, «El cholo Vallejo en su tiempo americano», se aborda el período peruano del poeta (1892-1923). Se reconstruye ese tiempo, desde los días en su pueblo andino y de formación en Trujillo a los limeños de su madurez inicial, mediante testimonios de solvente crédito de sus coetáneos y biógrafos más reconocidos, especialmente de Juan Espejo Asturrizaga. Este período abarca literariamente desde ciertas escaramuzas iniciáticas de juventud, de aprendizaje e impericia, a la cadencia de *Los heraldos negros* y al irrepetible *Trilce*, con el cual, nunca será suficiente repetirlo, Vallejo alcanza la excelencia de la poesía contem-

<sup>1</sup> «Soneto», en *El Minero Ilustrado*, 782, 6 de diciembre de 1911, p. 601.

poránea, cima que había comenzado a ascender con varias composiciones del primer poemario suyo. El Cholo escribió en su Perú a golpe de nostalgias, de miradas extraviadas en la memoria, de mucha desventura amorosa, de estampas andinas. Por entonces se revolvió contra la herencia modernista agrandada por Rubén Darío para buscar hueco a su voz personal ya en el primero de sus libros. Y lo continuó haciendo adelantándose a su tiempo en *Trilce*, con rabia indígena y mediante una palabra sorprendentemente nueva, desligada de rémoras y anclada en los profundos secretos de un hermetismo vanguardizante empeñado en difuminar cualquier impronta de anécdota personal. Fueron tiempos de soledad en su cárcel trujillana, alzado contra la humillación y la injusticia, de crisis existencial, de amores dramáticamente contrariados y de desgracias familiares.

La segunda parte de este volumen, «El exilio del huaco Vallejo», pretende profundizar en el siguiente período de la trayectoria poética del peruano y comprende los años de su estancia en Europa, esencialmente francesa y parisina (1923-1938). El desvivir del Cholo siguió sucediéndose en aquel París de sus exilios y la vida fue gustándole mucho menos debido a tanto calvario. Comenzó a hablarnos de las migraciones del corazón frente al Sena: del dolor físico y de hospitales, del sufrimiento solidario con los sufrientes, de la pobreza tan allegada a la miseria, del parado y del trabajo entre consignas casi revolucionarias, de las pérdidas para siempre, de negaciones, de un sentimiento luctuoso muy acentuado, de su sorprendente presentimiento de la muerte temprana. En definitiva, en todo lo humano con un tamiz de compromiso artístico-poético orientado por el aprendido ideario marxista. Y ya apenas tiempo tuvo para algo más, para cerrar su existencia con el cantar elegíaco y la epopeya de la España republicana, combatiente y anónima en la guerra fratricida española. De todo lo entonces vivido, a modo de documento notarial biográfico, nos legó un abundante caudal de versos póstumos: los frecuentemente llamados por cierto sector de la crítica *Poemas humanos*, y el excepcional poemario *España, aparte de mí este cáliz*, asimismo póstumo.

César Vallejo comenzó a trazar con coherencia estética y firmes convicciones ideológicas una trayectoria literaria innovadora, cuya excepcionalidad artística reclama un lugar de preferencia en la nómina muy selecta de la modernidad poética hispanoamericana posterior al gran Rubén Darío, en cuyo frontis conviene colocar a los chilenos Vicente Huidobro y Pablo Neruda, al argentino Jorge Luis Borges y al mexicano Octavio Paz. La producción poética del huaco Vallejo, sin duda al lado de las más distinguidas del siglo veinte, aunque fuera breve porque el infortunio quiso que también lo fuera la vida del poeta, alicortada por un sino trágico pero sobrada para alcanzar la excelencia. Pese a ello, convendrá recordarlo, estuvo alejada muchos años de los lectores debido al celo extremado del censor franquista, hasta que pudo ser restituida definitivamente para la historiografía literaria merced al afán de críticos compatriotas suyos, de estudiosos españoles e hispanistas y de los poetas nacidos literariamente en torno al ecuador del siglo pasado: Blas de Otero, Ángel González o Félix Grande, son sólo algunos en quie-

nes puede reconocerse la escuela del peruano. Hoy su verso goza de merecida notoriedad<sup>2</sup>.

Hoy se honra y engrandece el verso vallejiano al proponer su estudio a los universitarios franceses que se presentan a las oposiciones de cátedra de español de la enseñanza secundaria. De ahí que, además de las anteriores consideraciones, en estas páginas tengan relevante asiduidad el indispensable análisis textual de los poemas u otras reflexiones en torno a la arquitectura poemática, las más de las veces como objeto auxiliar y voluntad complementaria para el estudio del lector interesado y curioso, en general, y del opositor a cátedras en particular; con este mismo propósito discurren las aproximaciones hermenéuticas de los principales temas y motivos que vertebran cada obra. Aunque lógicamente todas las lecturas tengan su libertad y su condena, en las páginas que siguen aparecen como hipótesis de trabajo y de entendimiento. Al final, en la sección «Vallejo en el aula», propongo varias calas en la poesía de Vallejo mediante el análisis de algunos poemas representativos suyos. El interesado podrá ampliar esa selección fácilmente a partir de la bibliografía que aquí se incorpora con pretensiones de eficacia. A este respecto, no me sustraeré a decir que el caso de la crítica consagrada a César Vallejo es significativamente singular. Y no sólo por ser muy abundante, sino debido a su muy desigual fortuna. Cuesta encontrar otro autor que haya concitado tan dispares disparates al interpretar su poesía, tantas supinas necedades y exégesis controvertidas, que, vistas en su conjunto, cuando menos aconsejan bastante prevención y mucho recelo. Las hay de distinto pelaje, desde aquellas obstinadas en advertir en el poeta una ortodoxia cristianizante y filiaciones surrealistas, hasta las que fueron inventadas por teorías psicoanalíticas cuya aplicación se antoja de dudosa pertinencia o cuantas bordean con descaro la dificultad del verso más o menos hermético. He procurado orillarlas todas y evitar polémicas conducentes a la nada. Dicho esto, el lector de calidad procederá con cautela.

Decía que César Vallejo ingresa en el temario de la *Agrégation d'Espagnol*, como antes lo hicieron otros poetas de alta estirpe literaria, si bien alguno todavía espera en el limbo del desdén: tal vez sea Gustavo Adolfo Bécquer el olvido más sangrante. Se ha despreciado en la universidad francesa la formación generalista, a la que renunciaron las últimas generaciones docentes, ahora lo importante son las *recherches* sobre el pelo de la coronilla de Calderón y las ladillas de Isabel II,

---

<sup>2</sup> Me permitirá el lector la licencia de una anécdota reciente. Durante los últimos meses dedicados al estudio y a la redacción de este volumen, debido a mis obligaciones profesionales he viajado con una maleta de medianas dimensiones bien repleta de apuntes, ediciones vallejianas y libros varios. Pues bien, en uno de mis viajes de Madrid a Toulouse, me atreví a sugerir a la persona encargada de llevarla desde la pista a la bodega del avión que tuviera cierta precaución debido al peso y fragilidad de mi único equipaje. Parece que lleva usted aquí piedras, me dijo; le respondí que eran libros y, al reparar en un no sé qué, seguramente por acto reflejo añadí que era sobre un poeta peruano. No me diga que de Vallejo, de César Vallejo..., y comenzó a recitar los versos del primer poema de *Los heraldos negros*: «Hay golpes en la vida tan fuertes, yo no sé...». Su poeta nacional, que aprendió de memoria en la escuela con la maestra doña Otilia, eso dijo. Y sonreí cómplice, recordando que también así se llamaban las dos primeras amadas del Cholo. Luego vi cómo depositaba la maleta en la bodega del avión, con mimo y mucho tiento, diríase que con cierta devoción.

que de todo hay en la viña del doctor en letras. Nada de historiografías, nada de Teoría de la literatura, nada de métrica y retórica, nada de categorías periodológicas, nada de comparatismos, nada de contextos. En definitiva, nada, o como mucho la lectura de media docena de lecturas obligatorias a lo largo de toda la formación universitaria.

Por consiguiente, hemos de saludar esta iniciativa que permitirá a los futuros profesores franceses de español adentrarse en la poesía del poeta peruano. Con su recobrada vigencia se recupera la saludable costumbre de leer y estudiar a los clásicos contemporáneos, y a ello he intentado contribuir con este trabajo. Así lo entendieron las *Presses universitaires du Midi* al ofrecerme publicar el presente trabajo en una de sus colecciones con el cuño científico del Centre d'Études Ibériques et Ibero-américaines (CEIIBA) de la Universidad de Toulouse. Soy deudor con las PUM y especialmente con su director, mi compatriota Luis González, por ser persona carente de límites en gratitud, confianza y afecto. Por ser, además, exquisito colega y el mejor lector amigo donde los haya. Ante los cuidados y amistad de Antonio Ramos muy cortas se quedan las gracias; con él he compartido no pocos afanes editoriales, ahora me honra componiendo el último libro antes de su jubilación. En los meandros de la investigación hay quienes facilitan su buen curso, yo siempre tuve la ayuda del CADIST, en las personas de Marianne Delacourt y Sylvie Grenier; a su tranquilo cauce contribuyó el docto Alfredo Meixide, porque sabe cuidarme en la cotidianidad del Institut Français de Madrid, donde ambos oficiamos. A los colegas y amigos Sylvie Baulo y Renaud Cazalbou debo, entre otras mil fraternidades, la posibilidad de haber podido compartir mis reflexiones sobre Vallejo en las clases de preparación a la *Agrégation* en la Universidad de Toulouse Jean Jaurès. Mi especial reconocimiento merece María Gato, pintora de alto vuelo y amiga, que ilustra la cubierta de este volumen; su óleo destacará sin duda alguna entre las representaciones artísticas del poeta Vallejo. A mis alumnos de hoy, y a los venideros, quede aquí expreso también mi agradecimiento por sus sugerencias y satisfacciones académicas. Tampoco he de olvidar a quienes han convivido durante estos últimos meses con el Cholo y conmigo a golpe de paciencia y mucha comprensión, mientras abría yo estas calas en la poesía e ideación poética vallejianas y era todo un placer inabarcable. Y así lo fui contando.

JPB